

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 9

Proclama del arzobispo virrey, manifestando cuáles son los manejos de José Napoleón para apoderarse de la Nueva España

Proclama del arzobispo virrey de México, contra los engaños pérfidos de los Bonapartes

Habitantes de la Nueva España, vasallos de Fernando VII: respirad y alegraos en este tiempo festivo de la pascua porque ya reventó la maliciosa mina que temíais, y ha envuelto en su estrago a vuestros mismos enemigos; ya llegó a nuestro continente la tempestuosa nube que amenazaba desde lejos y se ha deshecho en el aire sin disparar rayos; ya abortó en nuestras costas el monstruo de la Europa todo el preñado de su poder y de su fiereza, y vais a burlaros de su flaqueza y debilidad. En efecto llegó a nosotros la expedición que el tirano opresor de nuestro rey preparaba contra estos dominios, y ha sido ya presa del cielo de vuestro gobierno. No tenéis ya que temer: el usurpador de los tronos y de los reinos ha malogrado el único tiro que podía asestar a vuestras posesiones y a vuestra lealtad.

Unas proclamas tan ridículas como impolíticas, en que los barbarismos y solecismos del lenguaje os harían reír si las leyeseis; en que unas expresiones llenas de amenazas, con que intenta captar vuestra voluntad, os llenarían de enojo o de furor, son la vanguardia del fantástico ejército con que viene a atacaros. Unas instrucciones que sólo ha podido fraguar la ignorancia de vuestra constitución política, y de la finura de vuestra ilustración científica, son las armas y pertrechos con que ha soñado conquistar vuestros corazones; y quinientos emisarios que ha repartido en las dos Américas, españoles desnaturalizados que están sin duda muy mal con su honor y con su vida, son las numerosas tropas con que se ha propuesto dominar al invencible imperio de las Indias occidentales.

Escuchad cómo os habla el intruso rey José con fecha de 2 de octubre último: *Espanoles de mis posesiones de América, vuestro legítimo soberano os exhorta a la sumisión, a no ser que más os agrade el incurrir en la pena y castigo que se reserva para súbditos rebeldes [...] Si contra mi esperanza persistiereis en vuestro error, os castigaré como a unos rebeldes, y tan severos serán los castigos que impondré, que los más intrépidos temblarán [...] Si entre vosotros se hallaren traidores sabré punirlos según lo requiriese el caso [...]* ¿Qué os parece mexicanos nobles y generosos, de la dulzura con que vuestro nuevo sultán os trata, y pretende ganar vuestro afecto?

En otra parte dice *que si no le obedecéis, seréis arruinados*; en otra, *que el fanatismo de la religión es una hidra que viene a destruir [...] que os halláis en un estado de degradación y de ignorancia [...] que el monaquismo hipócrita es el que os tiene descarriados y adormecidos [...] que espera que los curas y pastores coadyuven a sus ideas, y no os permitan pecar [...] que ya es tiempo que reasumáis vuestra anciana dignidad, pues el egoísmo os tenía inmersos en la brutalidad [...]* No más, no más [...] Ésta es la muestra de la proclama que os dirige ese rey loco y atrevido, tan ignorante de la religión que afecta, como del verdadero estado de la sabiduría de vuestros párrocos y eclesiásticos... Éste es el detalle de su vanguardia.

En cuanto a las *instrucciones* que ha dictado para que los comisarios os seduzcan aún son más los absurdos que contienen. Os llama *pueblo esclavo*, y dice que *sólo aspira a que le franqueéis vuestros puertos para comerciar*; añadiendo a sus *emisarios* que *por ahora* no traten de otra cosa. ¡Pérfido! Y luego que te franqueásemos el comercio, y luego que admitiésemos el socorro de tus tropas, ¿qué piensas hacer con este *pueblo que llamas esclavo*, y que te merece el concepto de *inmerso* en la *ignorancia* y en la *brutalidad*? No, ni somos esclavos, ni queremos serlo tuyos; no, ni somos tan *ignorantes* y tan *brutos* para

creerte, ni nos hace falta la ilustración que nos ofreces. Y si sólo aspiras a comerciar con nosotros, ¿por qué te intitulas nuestro *rey y soberano legítimo*? ¿Y por qué nos *amenazas con castigos severos*, si sólo pretendes ayudarnos a sacudir un yugo de que no nos hemos quejado?

Encarga a sus satélites que os ponderen las ventajas que tendrá vuestra agricultura con *sembrar olivos, lino y cáñamo* bajo su protección. Burlaos mexicanos felices, de la ignorancia de ese intruso protector, que no sabe el sinnúmero de olivos que cubren vuestros campos, que no es digno de saborearse con el rico y delicioso aceite de vuestras cosechas, que tenéis libertad de multiplicar cuanto quisiereis, así como las de lino y cáñamo, para cuyas siembras el gobierno español ha muchos años que os ha no sólo protegido, sino obligado.

Dice que *tendréis fábricas de todos los géneros de Europa*. Contradicción monstruosa, que sólo cabe en el tortuoso juicio de los Bonapartes. ¿Y entonces con qué *comerciaría en vuestros puertos*? Las naves de los Napoleones ¿de qué vendrían cargadas a vosotros? ¿Acaso vendrían a compraros los géneros de vuestras fábricas, y los frutos de vuestro suelo con el oro y la plata de las minas de Francia? ¿Y no os convencéis de la torpeza y felonía de hombres tan perversos?

Recomienda encarecidamente a sus emisarios que os pinten con los colores más vivos la injusticia de la conquista de estos reinos por los españoles, sus crueldades, y la tiranía con que destronaron a los monarcas indios. Ved aquí otra vaciedad que acaba de acreditar que vuestro pretendido rey no conoce el estado y constitución de los pueblos que llama ya *suyos*. Ignora que hay indios y españoles; que aquéllos están contentos con haberles librado no sólo de las tinieblas de la idolatría, sino del durísimo y sanguinario yugo de sus déspotas, y que por lo mismo resistirán que la raza de Napoleón más cruel que

la de los Moctezumas venga a sacrificarlos. E ignora igualmente que la otra mitad con quien habla tan mal de los conquistadores, son sus hijos y sus nietos, y los que poseen tranquilamente la mitad de esta tierra afortunada. Pues, o confiese el intruso rey su impolítica, o descúbrase el diabólico objeto de turbar la paz civil que reina entre todos vosotros, oh fieles vasallos de Fernando.

Se atreve además el infame hermano de Napoleón a encargar a los comisarios que se valgan de los domésticos y criados para envenenar a todas aquellas personas que se manifiestan contrarias a sus pretensiones. Sí, tal es el monarca que quiere sentarse en el trono del dulce y católico Fernando VII: tal es el aliado nuevo de la América; tal es el indigno protector que se viene a hacernos felices sin llamarle, y cuando no envidiamos la felicidad más lisonjera. Éstas son las armas con que intenta conquistar la América española.

¿Y con qué soldados? Con *diez* fatuos atolondrados y miserables españoles, indignos de tal nombre, que ha enviado al reino de México; con *cuatro* para Guatemala; con *seis* enviados al Perú; con *tres* a Santa Fe, y con otros *treinta* repartidos en las islas, y otros puntos, y los que han de ser reforzados hasta el número de quinientos. Hombres todos desconocidos aun en su patria, y los más tan ignorantes del carácter virtuoso, fiel e ilustrado de los habitantes de la América, como de la religión de sus padres, y de las obligaciones que les impuso el cielo y el suelo que les dio el ser.

¿Teméis todavía mexicanos, a vista de tan ridículo como inexperto ejército? ¡Ah! Ya os veo inflamados a todos por averiguar el paradero de alguno de estos infelices emisarios: ya os veo escudriñar los pueblos y los bosques por encontrar alguno de esos malvados y correr a presentarlo para que pague a un tiempo en el suplicio su locura, su temeridad, y su abominable condescendencia.

Deseáis también que las proclamas con que os saluda desde Europa el nuevo rey de

farsa sean entregadas al fuego por mano de un verdugo, y acompañadas de vuestras más terribles execraciones; y eso es lo que tendréis el gusto de ver en este mismo día. ¡Ah! Día de triunfo y de victoria para la América española, que atacada con las únicas armas que pueden incomodarle se burla hoy de ellas, y de todos los proyectos y esperanzas locas de quien las ha puesto en movimiento.

Las llamé *únicas*, porque aunque por otra parte se nos anuncia la salida de una escuadra francesa con tropas de desembarco contra nuestras costas, ni la esperéis ni la temáis: no la esperéis, porque el dueño de los mares, nuestro verdadero y generoso aliado el rey británico está en acecho de tales ideas para frustrarlas. Ni la temáis, pues si por una casualidad llegase, vendría a ser testigo de vista de que no sois un *pueblo esclavo, bárbaro ni inmerso en la degradación y brutalidad*, que son los términos favoritos de su vil y abominable proclama, y vendría también a aumentar con nuestros triunfos el gozo y la alegría, que hoy inundan nuestros corazones al ver descubiertas las astucias y tramas infames del pretendido legislador del universo.

Y son las *únicas que podían incomodaros*, porque vuestro pundonor, vasallos de FERNANDO, se resiente del concepto que se ha atrevido a formar de vuestra virtud y nobleza el rey que os tenía destinado el árbitro delirante de los pueblos. Él insulta vuestra religión y vuestra lealtad; insulta vuestro talento, y vuestra instrucción; insulta vuestro carácter y valor español: cree que sois tan estúpidos como los mahometanos del Egipto, y tan fríos y helados como los hotentotes; ¿y qué mayor calumnia que haberse persuadido a que los eclesiásticos de esta América coadyuvarán a sus designios, y serán sus sacrílegos agentes en el tribunal santo de la confesión? Tan ignorante del estado floreciente de vuestra agricultura, de la riqueza y abundancia en que vivís, como del alto punto en que se halla vuestra ilustración en las ciencias sagradas y profanas, no es extraño que se haya

persuadido a que podría alucinarnos con unas proclamas, de que se avergonzaría ser autor el estudiante más rudo de vuestros seminarios.

Yo os aseguro, oh fidelísimos habitantes de la Nueva España, y os lo aseguro con toda la sinceridad de mi carácter, que si hasta aquí me había desvelado, no ya el temor de las armas de nuestro común enemigo, sino el recelo de que su fecundo y diabólico talento pudiese discurrir, y poner en práctica para seduciros alguno de aquellos especiosos y brillantes medios, con que ha deslumbrado a una gran parte de la Europa; hoy que veo cuán fútiles y débiles, y cuán dignos de vuestro desprecio son los arbitrios de que se vale, dormiré más tranquilo y sosegado a la sombra misma de la burla que vuestro talento y vuestra lealtad han de hacer de las proclamas, y sugerencias groseras, con que se ha creído poder ganar vuestro corazón.

Llegue, llegue a los oídos del intruso José, y pase a los de su revoltoso hermano el clamor universal de indignación con que México y todos sus pueblos han recibido una proclama, que más parece dirigida a los habitantes bárbaros de Guinea que a unos hombres sólidamente religiosos, brillantemente ilustrados, abundantemente felices, tan contentos con su actual suerte, cuanto se hallan más distantes, no sólo de reconocer la dominación de José Bonaparte, pero aun de necesitar para nada de la protección miserable de Napoleón.

¡Suelo dichoso, que no pisará la negra águila, que ha llenado de pavor a la Europa! Vasallos de FERNANDO, tres y cuatro veces bienaventurados, pues sois los únicos que no irán arrastrados a servir en las vanguardias de esos ejércitos, que el falso amigo de la Rusia, prepara para echar de la Europa a los emperadores de Petersbourg y de Constantinopla. Allá iríais, mexicanos míos, si fueseis tan crédulos, tan bárbaros, y tan ignorantes, como os cree el tirano; y esa sería la regeneración, que también os promete a vosotros. Que se confunda el infame, porque sin tener idea exacta del genio, carácter y situación del talento,

nobleza e instrucción universal de los mexicanos, ha concebido con ligereza poder engañarlos, atraerlos, y después dominarlos, y reducirlos a la miseria.

¡Y qué miseria! ¡Oh, si pudiésemos oír los clamores de nuestros hermanos los de la antigua España, a quienes ha engañado con sus falsas promesas! No se satisfaría su crueldad con apoderarse de vuestras minas, haciendas y posesiones; con saquear y robar vuestras casas, con arrancar de vuestro seno a vuestras mujeres e hijas, para saciar la infernal lujuria de sus tropas; con haceros esclavos, y dejaros morir de hambre; verificándose lo que Jeremías profetizó y se verificó en Jerusalén: *que sus hijos pedirían pan a las madres, y no se lo podrían dar, y que todos vosotros seríais consumidos por la desoladora tempestad del hambre.*

Todo esto ha ejecutado el tirano en la antigua España; pero ha hecho más, y lo hará también con vosotros si fuera posible engañaros: destruirá vuestros templos y altares, convirtiendo la casa de Dios, en caballerizas, pajares, cuarteles y teatros; robará todos los vasos sagrados de plata y oro de vuestras iglesias, sin perdonar a las custodias y copones¹ donde se reserva el santísimo sacramento; arrojará por el suelo, y pisará las sagradas formas, se servirá de ellas para cerrar cartas, dará muerte a los sacerdotes que no consientan en sus depravadas ideas, y quedaréis sin el consuelo y remedio de los santos sacramentos, reducidos a morir como unas bestias; suprimirá vuestras solemnidades y funciones santas; arrojará de los conventos a los religiosos; sin permitirles os socorran en las necesidades espirituales; pasará su desenfrenada lasciva a perseguir y violentar las vírgenes sagradas, las exterminará de sus claustros, obligándolas a mendigar, sin esperanza de ser socorridas, pues todo lo robará. Digámoslo de una vez: quedaréis sin religión, sin sacerdotes, sin

¹ En el convento de la Enseñanza de esta corte se conserva uno, que nos trajo de España un ex jesuita, natural de esta corte, y bien conocido, y había sido antes robado por los franceses.

templos, sin sacrificios, sin sacramentos, y sin auxilios en la hora de la muerte, y después de haber perdido todos los bienes temporales, perderéis también los eternos, reducidos a aquel miserable estado de gentiles idólatras y bárbaros en que estaba este reino antes que la misericordia divina os llamase a la fe, y en la que os habéis conservado bajo la protección de vuestra madre y singular protectora la reina del cielo, a cuyas imágenes especialmente, tiene el tirano un miedo y odio mortal.

¿Os parece que pondero? Pues todo esto y mucho más ha hecho ese hombre perverso que ahora os quiere engañar bajo el astuto y pérfido nombre de rey pacífico y oveja mansa, siendo en realidad un lobo carnicero, un monstruo del infierno que os quiere devorar.

¿Y será posible que os dejéis alucinar por esos anticristos y sus emisarios perversos? ¿Y que no los miréis con un horror implacable, y los remitáis a este gobierno, para que del suplicio bajen al abismo?

No hijos míos (ahora os hablo como vuestro pastor): oíd y repetid conmigo los clamores que he dirigido al cielo en medio de mis aflicciones porque me abraza el celo de la casa de Dios, y la salvación de vuestras almas: *Señor tú nos has hecho ver cuáles son los pensamientos de nuestros enemigos, y los designios que han formado contra tu santo nombre; tú conoces la malicia de ellos, y bajo esta apariencia de paz y de religión, tratan a tu pueblo cristiano de fanático y deslumbrado por sus ministros y pastores. Pero tú, oh Dios de los ejércitos, Dios justo, vengador de los delitos que castigas la iniquidad, y ves el fondo de los corazones, levántate y juzga tu causa: veamos luego la venganza que has de tomar de ellos: veamos castigada la iniquidad de tus perseguidores: veamos confundidos sus designios y vengada vuestra justicia: veamos triunfar de su crueldad a tus hijos, que ellos pretenden exterminar de la tierra de los vivientes: veamos a todos los que maquinan*

su pérdida humillados, aniquilados; y que seas reconocido, adorado y ensalzado por los que hasta ahora no nos hemos pervertido; y si para arruinar a nuestros enemigos y los tuyos no fuesen suficientes las fuerzas de nuestros valerosos soldados, que en tu nombre han de pelear, tu brazo omnipotente sabrá destruirlos.

Y vosotros, generosos soldados, salid confiados a los puntos de defensa que el gobierno os ha señalado por si nuestro enemigo, ignorante de nuestras robustas fuerzas, y sin conocimiento de los terrenos impenetrables por donde él sueña acometernos, viniese a buscar su ruina: animaos, esforzaos, que Dios está con nosotros, y no ha de permitir que ésta su heredad escogida pase a los ajenos. No, antes morir, pues muriendo dejaremos un glorioso nombre a la posteridad, y daremos gloria a Dios, y adquiriremos un mérito para conseguir la vida eterna, pues que damos la temporal a ejemplo de los gloriosos macabeos, por Dios, por la religión, por el rey y patria. Dado en México a 24 de abril de 1810.- *El arzobispo virrey.*

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602